

*Alfonso Reyes en los albores del Estado Nuevo
brasileño (1930-1936)*, de Alberto Enríquez Perea

Ileana Cid Capetillo*

En México, la investigación en Ciencias Sociales durante la primera década del siglo XXI ha tenido, sin duda, una riqueza expresada en el número de libros, revistas y hasta de documentos electrónicos; en la fuerza de autores de gran valía; en la originalidad para abordar los más diversos temas y en las propuestas analíticas y conceptuales que nos ofrecen. Pero suelen estar presentes dos debilidades: la recuperación de la historia¹ y la rigurosa aplicación técnica y metodológica para rescatar fuentes de primera mano que provengan de archivos personales u oficiales con datos, información y juicios de los protagonistas de un momento o de un proceso político o social.

Aquí radica la principal aportación del libro que nos ofrece Alberto Enríquez Perea: *Alfonso Reyes en los albores del Estado Nuevo brasileño (1930-1936)*. Esta obra recupera con toda precisión un fenómeno que es, al mismo tiempo, latinoamericano, brasileño y mexicano, en el que se entremezcla la presencia de personajes muy relevantes de la política, la diplomacia y la cultura de estos contextos, además de que el autor le imprime un gran rigor que le permitió sistematizar la enorme complejidad de factores ahí presentes.

Supongo que la motivación principal de Enríquez Perea era originalmente dar seguimiento a la acción y obra de uno de los intelectuales más importantes de la vida cultural de México: don Alfonso Reyes, lo cual consiguió al profundizar en la exploración de un personaje a quien conoce de hace tiempo y de quien le intrigaba su faceta de diplomático. La consecución de este objetivo fue rebasada ampliamente (como se lo exigía la lectura de informes, documentos

* Licenciada en Relaciones Internacionales por la UNAM. Cuenta con estudios de Maestría en Relaciones Internacionales por la misma institución y con estudios de Doctorado en Relaciones Internacionales, Unión Europea y Globalización en la Universidad Complutense de Madrid. Profesora adscrita al Centro de Relaciones Internacionales de la FCPYS-UNAM.

¹ En estos momentos se ha brindado una especial atención a la historia de México con motivo de la celebración de los centenarios, pero me temo que como ha sucedido con otros festejos, cuando éstas concluyen, los historiadores dejan de tener el reclamo de los medios de comunicación, el apoyo para editar sus estudios y los auditorios dispuestos a escucharlos.

y cartas de Reyes), de tal manera que se logró un material en el que se explora con todo detalle uno de los momentos históricos más relevantes de Brasil, de México y de América Latina, así como de los personajes que en ellos intervinieron.

Se nos presenta un Reyes diplomático que realiza sus labores con un alto sentido de responsabilidad y profesionalismo, que informa al gobierno mexicano y al secretario de Relaciones Exteriores, Genaro Estrada –quien además era su amigo–, tanto en un sentido oficial como personal, de todos los procesos, acontecimientos y personajes que intervinieron en la Revolución de Octubre, encabezada por Getulio Vargas. La agudeza de su visión era tal que le permitió sacar conclusiones que más tarde fueron corroboradas por los estudiosos de este evento, a pesar de encontrarse en la inmediatez de los acontecimientos, presionado por la agitación del momento que impactaba en sus labores, pero mostrando una enorme habilidad para allegarse información de la prensa, de los discursos y las discusiones que se producían en los debates nacionales a los cuales él asistió, así como de fuentes directas gracias a las relaciones que estableció con diversos sectores de la política, la cultura y la sociedad.

Getulio Vargas es, con seguridad, uno de los protagonistas de la historia latinoamericana que más ha atraído la atención de los estudiosos de la región, tanto por el papel que jugó en la constitución del Estado Nuevo en la búsqueda de la integración nacional y la modernización de Brasil como por sus propias características personales. Rodeado de una gran cantidad de políticos de diferentes tendencias, que representaban intereses particulares o regionales y que desplegaban un gran activismo político, Vargas se mantuvo como el líder, sorteando las adversidades e imponiendo su propia visión, pero también cometiendo errores que Reyes identificó de manera inmediata. Es sumamente interesante la forma en que don Alfonso logró mostrar los rasgos más profundos de la personalidad de los diferentes actores; aquí se nos revela como un gran conocedor de la naturaleza humana, sobre todo en su faceta política, o como un psicólogo innato que analiza con precisión a los personajes cuya acción le interesa. Aunque también hay que señalar que Reyes fue un especialista en los clásicos y recurría a ellos –por ejemplo a Maquiavelo– para reconocer las lecciones de la historia.

Con la misma agudeza estudió y expuso la complicada geografía de Brasil, sus regiones y su división estadual: Amazonas, Maranhão, Piauí, Ceará, Rio Grande del Norte, Parahyba, Pernambuco, Alagoas, Bahía, Distrito Federal, Rio de Janeiro, Minas Gerais, São Paulo, Goiás, Matto Grosso, Paraná, Santa Catarina, Rio Grande do Sul y Acre. Desde su arribo a ese país, proveniente de Argentina, en donde también había sido embajador, Reyes quedó asombrado

por su naturaleza, impresionado por el exotismo y la abundancia que ahí se apreciaba. Pero muy pronto descubrió que la complicada geografía que conformaba a Brasil era equivalente en términos políticos: las regiones, los estados y las ciudades eran el asiento de grupos y líderes de muy diversas tendencias, programas y objetivos. Así, llegó a la conclusión de que “A la falta de ‘unidad geográfica del vasto territorio brasileño’, se aunaba una ‘falta de unidad política y económica’ ”.²

La petición de la Sociedad de Naciones a Brasil para recibir a 15 mil “asirios” que sufrían malos tratos y discriminación en su tierra de origen, le dio a Reyes la ocasión para revisar la situación de la inmigración y las concesiones extranjeras otorgadas, en parte, por la inmensidad del territorio. Ahí se encontraban comunidades de Portugal, Italia, España, Polonia, Alemania, Inglaterra y, en menor cuantía, checoslovacos, sirio-libaneses, austriacos, entre otros. Los japoneses estaban armando una estrategia para colonizar algunas partes, pero esa iniciativa fue atajada. En la Constitución de 1934 se establecieron los criterios para evitar más asentamientos que no se integraban, que gozaban de concesiones, que desarrollaban las mismas prácticas, hablaban el idioma y practicaban la cultura originales y que eran, entonces, un obstáculo para la construcción de la “brasilidad”.

Asimismo, resalta a lo largo del estudio la clara comprensión que tenía Reyes sobre el ascenso y la confrontación de las ideologías, en una etapa en que estaban teniendo una gran explosividad en todo el mundo: las corrientes, las tendencias y los programas políticos que se delineaban en otras regiones, principalmente en Europa, tenían su representación y seguidores (abiertos o encubiertos) en Brasil: el fascismo, el nacional socialismo, el liberalismo y, de manera destacada, el catolicismo. El programa de Vargas asumía que estaba libre de contenidos ideológicos, pero se nota una marcada inclinación por el catolicismo nacionalista con un tinte de fascismo, que se manifestó de manera más clara al final del periodo democrático que en 1935-1936 condujo al líder a optar por la dictadura represiva, persecutoria, intimidatoria, con una clara y explícita propensión en contra del “comunismo impulsado por la Unión Soviética con ánimos intervencionistas en Brasil”.

A lo largo del libro destacan procesos que son seguidos a través de una revisión concienzuda y muy cuidadosa de los documentos, informes, misivas y artículos de los archivos de don Alfonso Reyes, pero también de los de Getulio Vargas y otros personajes; de la literatura que se ha escrito por

² Alberto Enríquez Perea, *Alfonso Reyes en los albores del Estado Nuevo brasileño (1930-1936)*, El Colegio Nacional, México, 2009, p. 148.

especialistas en el tema; de periódicos y revistas de la época y de otros materiales que son trabajados y expuestos con una gran precisión metodológica.

Entre los fenómenos que destacan por su resonancia y consecuencias en el conjunto del periodo, encontramos la rebelión paulista, la conformación de la Asamblea Constitutiva, la promulgación de la Constitución, las muestras del despliegue de la diplomacia brasileña, la presidencia constitucional y la agitación política que condujo a la dictadura, hasta llegar a 1936, cuando Reyes fue designado por el presidente Lázaro Cárdenas para una nueva misión diplomática.

Vale la pena resaltar los comentarios que le merecen al embajador mexicano sus observaciones de la diplomacia brasileña, por una parte en su conducción institucional a través del Ministerio de Asuntos Exteriores y, por la otra, en el desempeño personal del mandatario.

Para comprender la fuerza de Brasil, Enríquez Perea recupera en las notas de Reyes la ubicación geopolítica del país, tanto por las fronteras que comparte con otras naciones como por un factor que resulta impactante y que incumbe a la subregión: “El Amazonas es un río con un caudal ‘incomparable en el mundo, recorre 6 420 kilómetros, la mayor parte en el territorio brasileño y le interesa tanto a Brasil como a Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela’”.³ Esta nación tiene una ascendencia creciente en la región; así, nos dice Reyes: “Pienso que los hombres de Estado del Brasil tienen la conciencia del eminente rol de su país en el *sistema internacional amazónico*”⁴ (las cursivas son nuestras). Un subsistema internacional que no dejaba de tener obstáculos, uno de los cuales se producía por el hecho de la división de las lenguas española y portuguesa, de las cuales la última representaba “por extraña paradoja, como una prisión de muros transparentes en que viven los brasileños”.⁵

Entre los acontecimientos que contribuyen a fortalecer el prestigio de la diplomacia brasileña destaca su participación en el incidente de Leticia, por la controversia territorial entre Colombia y Perú, que se desarrolló del 25 de octubre al 24 de mayo de 1934, con la conclusión de la Conferencia de Río, en la que se decidió el restablecimiento de la zona a Colombia. El desempeño de los funcionarios brasileños redundó en el reconocimiento de la diplomacia de Itamaraty, que hasta la fecha goza de un amplio respeto por su profesionalismo.

En el sentido personal, Vargas desarrolló una diplomacia directa con mandatarios de los países vecinos, que visitaron Brasil y que fueron

³ *Ibidem*, p. 285.

⁴ *Ibidem*, p. 286.

⁵ *Ibidem*, p. 242.

correspondidos en su momento. El balance de esta acción fue menos favorable, pues se produjo a lo largo de varias semanas, en 1935, con una visita oficial a Argentina y Uruguay, acompañado de una comitiva de 5 mil personas y con un gasto muy cuantioso. “Reyes señaló que el viaje de Vargas era inoportuno por dos razones. La primera porque no había tranquilidad en el país, porque no se terminaba el completo retorno al régimen constitucional y porque habían ocurrido recientemente los incidentes y cambios dentro del ejército; y la segunda, porque el viaje iba a costar muchísimo dinero”.⁶ Esta razón era importante puesto que la crisis estaba afectando de manera drástica al Estado, por el peso de la deuda externa y la caída de las exportaciones de sus productos tradicionales.

Dos sectores que interesaban a Reyes eran, por obvias razones, la educación y la cultura, en donde notaba la formación de grupos de pensamiento abierto que impulsaban la reflexión en Ciencias Sociales, Filosofía y Pedagogía, y que resultaban en la reestructuración del Ministerio de Educación y en la creación de las universidades de Sao Paulo y del Distrito Federal. Sin embargo, el ambiente anticomunista y el ascenso de las ideologías conservadoras ubicaba a las principales personalidades de ese proyecto entre los agentes peligrosos, por lo que fueron acosados, perseguidos y destituidos. Sin duda, entre 1935 y 1936, cuando el régimen se estaba encaminando a la dictadura, la educación fue la más afectada por la persecución a toda instancia o persona que “de cerca o de lejos oliera a ‘espíritu avanzado’”.⁷ En este sentido, se percibía una sutil desconfianza a las políticas que estaban siguiendo en México (los gobiernos de ese periodo eran herederos de la Revolución Mexicana y en 1934 había asumido la presidencia Lázaro Cárdenas).

Alfonso Reyes desempeñó su larga estancia diplomática en Brasil, entre 1930 y 1936, bajo el mandato de tres presidentes mexicanos: Pascual Ortiz Rubio, Abelardo L. Rodríguez y Lázaro Cárdenas. En este lapso trabajó bajo la conducción de la Secretaría de Relaciones Exteriores de Genaro Estrada (1932), Manuel C. Téllez (1932-1934), Emilio Portes Gil (1934-1935), José Ángel Ceniceros (1935) y Eduardo Hay (1935-1940). Cuando arribó a Brasil aún estaba en la presidencia Washington Luís, de modo que le tocó vivir el fraudulento proceso electoral en el que compitió Getulio Vargas con una fórmula en la que estaba acompañado por João Pessoa, quien fue asesinado el 26 de julio. Asimismo, atestiguó el levantamiento que condujo a la Revolución del 3 de octubre de 1930, la formación de “la Junta Gubernativa Militar

⁶ *Ibidem*, p. 471.

⁷ *Ibidem*, p. 496.

compuesta por los generales Tasso Fregoso, Leite de Castro y Menna Barreto”,⁸ en tanto llegaba a la capital el “jefe de la Revolución”, la etapa de la Presidencia provisional y de la promulgación de la Constitución; dejó el país en 1936 y ocupó de nuevo el cargo de embajador en Argentina hasta 1938, cuando Brasil estaba encaminándose a la dictadura represiva y a la creación del *Estado Novo* en 1937.

El desenlace de la historia, aunque no está planteado en el libro que aquí estamos reseñando, se presenta de la siguiente manera:

Las medidas populistas tomadas por el régimen y la posibilidad de que las masas rebasen a su líder, provocan el descontento de los militares, quienes dan un golpe e imponen al mariscal E. Dutra al frente del gobierno. Finaliza de esta manera la etapa dictatorial del movimiento getulista, aunque buena parte del movimiento continuó vigente. Gracias a su carisma y al apoyo que había obtenido de las masas, en sus anteriores gestiones, Vargas vuelve al poder por medio de las elecciones de 1950, desarrollando una política de coalición, principalmente con los partidos políticos, con una postura laborista de centro-izquierda, que conserva hasta 1954, en que se presenta otra asonada militar. Ante la coerción se rehúsa a renunciar y recurre al suicidio, como un método que pretendía conmover a los grupos que lo habían derrocado.⁹

En este periodo también debe destacarse la importancia de la diplomacia mexicana, tanto por el programa que la inspiraba como por su decidida actuación en la política internacional en una etapa de ascenso de ideologías, de descarado impulso de acciones intervencionistas de las grandes potencias, de arduo trabajo en el seno de la Sociedad de Naciones, etc.; en pocas palabras, de la preparación de un escenario que conduciría inevitablemente a la Segunda Guerra Mundial con el preámbulo de la crisis mundial de 1929-1933. En esa etapa también se desarrolló la Guerra Civil en España, que afectó de manera especial a don Alfonso por su identificación con ese país y los lazos de amistad que tenía con los principales intelectuales, muchos de los cuales tuvieron que recurrir al exilio. También América Latina tenía sus propias convulsiones y agitación política.

En este marco, el 26 de septiembre de 1930, la diplomacia mexicana se enriqueció con la declaración del secretario de Relaciones Exteriores, Genaro

⁸ *Ibidem*, p. 107.

⁹ Ileana Cid Capetillo y Pedro González Olvera, “La riqueza de la experiencia del siglo xx: avances y retrocesos. El populismo en América Latina” en *Estudios internacionales de la Complutense*, vol. 7, núm. 4, 4º trimestre, Sección Departamental de Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales, Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense de Madrid, octubre-diciembre 2005.

Estrada, bajo el gobierno de Pascual Ortiz Rubio, que después fue conocida como la doctrina que lleva su nombre. Para ese momento se habían formado tres gobiernos revolucionarios en América Latina, por lo que correspondió a don Alfonso Reyes aplicar por primera vez dicha doctrina, de acuerdo a la cual el gobierno mexicano sólo procedía a confirmar su permanencia en la representación, lo que de ninguna manera significaba reconocer al nuevo gobierno, sino continuar las relaciones diplomáticas por la vía de la normalidad.

El puntual seguimiento de estos y otros sucesos que se produjeron en los contextos nacionales, bilaterales, latinoamericanos y mundiales es expuesto de una manera acuciosa por Alberto Enríquez Perea, por lo que estoy segura de que su libro se convertirá en una referencia obligada para los estudiosos de este amplio escenario.

Alberto Enríquez Perea, *Alfonso Reyes en los albores del Estado nuevo brasileño (1930-1936)*, El Colegio Nacional, México, 2009, 688 pp.